

rey, que la recibió con muestras de favor y de agasajo. Renovó el rey Carlos con este motivo sus instancias á Coligny para que viniese á Blois, y el almirante no dudó en ponerse en marcha, seguido de cuarenta caballeros mas adictos á su causa.

Se hizo al almirante en Blois un recibimiento cordial y amistoso, mezclado de respeto y reverencia. Desde su llegada fué admitido en el Consejo. Le dió el rey todas las muestras de la mas ciega deferencia: le colmó de favores á él y á los suyos: mandó que se persiguiese judicialmente á los que habian infringido los artículos de la paz de San German, procediendo á medidas violentas contra los hugonotes, y pareció adoptar las ideas que el almirante le habia sugerido en la memoria ya indicada. Se hablaba de próxima guerra contra el rey de España, y de una expedicion á los Países Bajos en auxilio de los sublevados. Se dieron patentes de corso á los de la Rochela, permitiéndoles vender las presas en su puerto. Parecia la corte completamente decidida á favor de los calvinistas, y la reina madre se les mostraba aún mas afable y cariñosa que su hijo. Se retiró de Blois la familia de los Guisas, despechada del favor que iban adquiriendo sus rivales. Se presentaba Coligny como un hombre omnipotente. Recibió del Parlamento cartas registradas de seguridad contra toda persecucion de los Guisas por la muerte de su padre: sacó cartas de la corte para el duque de Saboya, pidiéndole que diese entrada en sus estados y protegiese á sus correligionarios; y para complemento de la buena voluntad del rey, se pagaron á los Reitres de Alemania cuatrocientos mil escudos de sueldos caidos, á fin de que regresasen á su patria.

Podian muy bien todas estas condescendencias y favores no ser mas que un lazo para acabar, para exterminar mas á mansalva al partido protestante; pero se destruye completamente esta opinion con el proyecto concebido y efectuado al fin de enlazar á Margarita, hermana de Carlos IX, con el príncipe Enrique de Bearne. Parece

imposible y fuera de toda probabilidad que se llevasen tan adelante la ficcion, y por otra parte no hay que buscar en las acciones humanas causas extraordinarias cuando se pueden explicar de un modo muy sencillo. Natural era que el rey de Francia, cansado de los horrores de la guerra civil, buscase en el buen trato y concesiones hechas á los protestantes, los medios de sofocarla para siempre; ni tenia nada de extraño que Catalina de Médicis se mostrase inclinada al calvinismo, como un partido débil que necesitaba de su proteccion con preferencia á los católicos, que se sostenian á si mismos.

Encontró este enlace, proyectado entre Catalina de Valois y el príncipe de Bearne, gravísimas dificultades. La princesa era católica, y su futuro esposo protestante. Se necesitaba una dispensa formal del Papa, que á la sazón lo era Pio V, y este pontífice, para quien semejante matrimonio era una atroz profanacion, se negó del modo mas duro y mas solemne á concederla. «Lo que nos atormenta incesantemente (tales son las palabras de su carta al rey), es que se inste tanto en el matrimonio del príncipe de Navarra con Margarita vuestra hermana, por la vana esperanza de que contribuya á reducir al príncipe á la religion católica. ¿No es mas de temer que la princesa llegue á ser la pervertida? Se expone de este modo mucho la salvacion de su alma; y aunque ella persista en vivir católicamente, no tendrá paz ni reposo unida con un marido herege.» Sabedor del proyecto el rey de España, trató por su parte de embarazarle, alegando que la princesa estaba prometida al rey don Sebastian de Portugal, en cuyo arreglo habia personalmente intervenido. De esta repugnancia que tenia el Papa y los príncipes católicos en consentir el enlace de Margarita con un calvinista, participaban Juana de Albret, madre del príncipe, y los principales ministros de la nueva secta, por principios y motivos asimismo religiosos. El mismo Coligny llevaba en secreto á mal el matrimonio por la importancia política que iba á adquirir el príncipe de

Bearne, considerado ya como jefe del partido protestante, tan en menoscabo de la autoridad del que se reputaba como su patriarca. Mas estaban demasiado empeñados el rey de Francia y su madre en realizar su plan, para que se arredrasen con semejantes repugnancias.

Por el pronto cedió la de Juana de Albret y sus ministros á las razones de conveniencia y utilidad que semejante matrimonio reportaba a su partido, y á invitacion de la córte se presentó en Blois con un acompañamiento numeroso. La recibieron el rey y su madre con todas las muestras de carino y de respeto, y se dieron nuevos pasos á fin de que cuanto antes se verificase el matrimonio. Como persistiese el pontifice en su negativa, llegó Carlos IX á decir á Juana de Albret: «Tia mia, yo os honro mucho mas que al Papa, y amo mas á mi hermana que le temo: no soy hugonote, pero tampoco tonto: así si el Papa se hace demasiado bestia, yo mismo tomaré á Margarita de la mano, y la haré casar en medio del sermón en un templo calvinista (1).»

Con la traslacion de la córte á Paris, verificada de allí á poco, perdió mucho terreno el partido protestante. En Blois, ciudad pequena, podia Coligny ejercer su influencia, sin grande inconveniente, sin chocar de cerca con la falanje de sus enemigos. En Paris, iba á ser testigo del favor que él y su partido disfrutaban con el rey, una inmensa poblacion que profesaba el odio mas ardiente al calvinismo. No habia sido el partido extremo católico espectador pasivo del ascendiente que habian tomado sus antagonistas. Se agitaban las masas: los principales jefes católicos daban pábulo á tan ardientes sentimientos. Atento á todo el rey de España, se mostraba naturalmente protector del catolicismo tan comprometido. En Paris se murmuraba altamente de los progresos que, á la sombra del favor real, iba haciendo el calvinismo en

(1) Si le Pape fait trop la beste, je prendrais Margot par la main, et la menerai épouser en plein presche.

todas partes. En las plazas, en los mercados, se hablaba de sus profanaciones, de los ultrajes que de ellos recibia el viejo culto; de los anuncios de la cólera del cielo, de los prodigios, de las señales evidentes de lo que estaba Dios cansado de sufrir mas tiempo el triunfo de los enemigos de su Iglesia. Era objeto de escandalo y horror la presencia en Paris de los malditos hugonotes: por todas partes se les señalaba con el dedo como hereges, como impíos. No ignoraban Coligny y los suyos estas disposiciones de los animos; mas confiados en la proteccion del rey, sin duda despreciaron un peligro cuya extension no conocian.

Poco tiempo despues de la llegada de la córte á Paris, murió Juana de Navarra, de enfermedad natural, segun los católicos; de veneno administrado por orden de la reina Catalina de Médicis, á lo que dijeron entonces los mas fogosos calvinistas. Ningun gran personaje muere, segun la opinion del vulgo, de muerte natural, si hay otros poderosos interesados en su fallecimiento. No fué excepcion de esta regla la reina de Navarra. Vieron los católicos en su muerte un castigo del cielo: los calvinistas una traicion y alevosia de la reina madre. Se abrió el cadaver por orden de la córte, y los médicos certificaron que la muerte habia sido producida por una calentura muy maigua. En el testamento de la difunta no se halló ningun indicio de que ésta hubiese concebido la menor sospecha. Coligny y los suyos, cualquiera que hubiese sido su sentir, se dieron en publico por satisfechos. De todos modos no alteró esta novedad las ideas de la córte con respecto al matrimonio, y Enrique de Bearne, que á la muerte de su madre tomó el título de rey de Navarra, se presentó en Paris seguido de mas de mil de los suyos á efectuarlo (1572).

La presencia de tantos hugonotes nuevos en la capital, dió nuevo alimento á la cólera del pueblo. «Los hugonotes, ¡los malditos hugonotes! decia el populacho por donde quiera que pasaban: ni se quitan el sombrero delante de las imágenes de Cristo y de los santos, ni se

arrodillan delante del Santísimo.» Y mientras se profesarian estos gritos, mientras en la masa de la inmensa poblacion fermentaban tantos sentimientos de odio y de venganza, no pensaba la córte en otra cosa que en llevar cuanto antes á su término el proyectado enlace. No podemos menos de entrar en algunos pormenores de los artículos del contrato matrimonial, para que se juzgue mejor si esta union era un acto de buena fé por parte de la córte ó una verdadera asechianza, como se creyó despues, ó como tal vez se cree en el dia. «Daba el rey en dote á su señora hermana trescientos mil escudos de oro al sol, mediante cuya suma renunciaria á todos sus derechos sucesivos, paternos y maternos en favor de su hermano. Sin embargo, visto el apuro de los tiempos, no se la podia dar esta suma en dinero contante: se satisfaria en compras de rentas sobre la ciudad de París, y de las que disfrutaria la referida dama. La reina madre, por el singular amor que profesaba á su señora hija, le daba doscientas mil libras tornesas. Los duques de Anjou y de Alençon, le daban veinte y cinco mil libras cada uno. Debia haber comunidad de bienes entre los esposos: en caso de muerte de uno de ellos, tendria, el que sobreviviese, el gobierno y la administracion de los bienes é hijos hasta que llegasen á mayor edad, siendo esta para los varones de diez y ocho años, y de quince para las hembras. Dotaria el señor príncipe de Navarra á su esposa con cuarenta mil libras de renta, para gozar de ellas durante su vida. Quedaba á la voluntad de la reina de Navarra y del príncipe, su hijo, dar en favor de este matrimonio las sortijas y joyas que gustasen, y por el precio que les conviniere. Declararia dicha reina, en favor de estas bodas, á su hijo por heredero universal; porque de otro modo no se verificaria dicho enlace. El primer hijo nacido de dicho señor príncipe y de la referida señora, seria declarado heredero universal, y en caso de que el primero muriese sin hijos, lo seria el inmediato, y así de hijo en

hijo, haciéndose lo mismo en defecto de varones con las hembras. La reina de Navarra daria á su hijo el usufructo y goce del condado de Armagnac, y le entregaria doce mil libras de renta que gozaba de viudedad sobre diferentes bienes. El señor cardenal de Borbon, en favor de dicho matrimonio y por el afecto que profesaba al príncipe su sobrino, confirmaria en su favor las renunciaciones de las sucesiones paterna y materna hechas antes por él en el del difunto rey de Navarra.»

El Papa Pio V, que se habia mostrado tan resueltamente opuesto á la concesion de la dispensa, no existia; mas su sucesor Gregorio XIII manifestaba adoptar los mismos sentimientos. El cardenal de Borbon, tio del príncipe, que debia dar la bendicion nupcial, se resistia á consumir la ceremonia sin el requisito del permiso del pontífice. Murmuraban los calvinistas de tantas dilaciones. En este conflicto apeló la córte á una supercheria, que mencionaremos aquí para hacer conocer mejor el carácter de los tiempos. Se fingió una carta del embajador en Roma, quien hacia saber que el cardenal de Lorena le decia que por su habilidad y destreza habia obtenido al fin, de Su Santidad, el permiso para el matrimonio, y que con el próximo correo enviaria infaliblemente la dispensa, por lo cual podria pasarse á su celebracion sin ningun inconveniente. Aparentó el rey leer el pliego con gran satisfaccion, y lo mismo la reina madre, que fué la forjadora de la carta. No dudó el cardenal de la autenticidad del documento y se prestó á la voluntad del rey, quien dió las órdenes para que cuanto antes se llevase á efecto.

Se verificó el matrimonio el 18 de agosto de 1572, con toda ceremonia y una pompa extraordinaria. Acompañaron á los novios á la catedral de Nuestra Señora, donde se les habia de dar la bendicion nupcial, el rey, la reina, todos los príncipes de la sangre real, todos los grandes personajes de la córte, tanto católicos como calvinistas. Asistian el cuerpo municipal, las autoridades

militares y civiles, precedidos y seguidos de gentiles-hombres de palacio y de los arqueros de la guardia. Se observó que mientras los grandes personajes católicos se presentaron vestidos con el mayor lujo y magnificencia, llevaban los calvinistas los trajes mas sencillos, lo que excitó la cólera del pueblo, teniéndolo á desprecio de la ceremonia religiosa, y sobre todo del templo católico donde iba á celebrarse.

Se levantó delante de la puerta principal de la catedral un gran tablado, donde el cardenal de Borbon dió la bendición nupcial al príncipe de Bearne y á Margarita de Valois, á presencia de la muchedumbre. Concluido el acto se separó el príncipe de la comitiva, mientras esta pasó al interior de la catedral á oír una misa solemne á que asistieron todos los católicos. Se quedaron los protestantes todos fuera paseándose en la plaza de la catedral, lanzando miradas de enojo y de desprecio sobre las efigies del atrio y demas adornos, que eran á sus ojos signos y emblemas de la idolatría. El pueblo que lo observaba se entregó á nuevos arrebatos de furor, y no cesaba de maldecir y escarnecer á los malditos hugonotes. No menciona la historia muchos ejemplos de un matrimonio celebrado de una manera tan extraordinaria. Si habia alguna duda de lo inamalgamables que eran, sobre todo entonces, los católicos y los calvinistas, debió de disiparla lo ocurrido durante aquella ceremonia.

Aquel día hubo un gran banquete y funciones extraordinarias dadas por la córte: al siguiente las dió la municipalidad de no menos lujo, magnificencia y aparato. Pocos preveían que eran precursoras estas fiestas de una catástrofe espantosa.

CAPITULO XLI.

Continuacion del anterior.--Agitacion de los partidos.--Horrible plan del católico.--Asesinato de Coligny.--Matanzas en Paris la noche vispera de san Bartolomé.--Continúan en los dias sucesivos --Se imitan en los demás pueblos de Francia.--Las aprueba y sanciona el rey.--Nueva insurreccion de los calvinistas.--Sitios de Saucerre y de la Rochela.--Conversion del rey de Navarra y del príncipe de Condé al catolicismo.--Eleccion del duque de Anjou por rey de Polonia.-- Parte á tomar posesion de la corona.--Muerte de Carlos IX.--Su carácter. (1)

1572—1574.

ANTES de pasar á los hechos, que son objeto de este capítulo, no estará de mas que volvamos la vista á los que llevamos mencionados. El favor que el partido calvinista disfrutaba hasta entonces en la córte, tenia mas de aparente que de sólido. Sin armarle un lazo como se creyó entonces, como se creyó despues, pudo muy bien Carlos IX considerar su conducta como necesaria para la pacificacion del reino: pudo muy bien la reina madre creer, que la convenia por entonces apoyarse en los calvinistas, para dominar á los católicos. Mas de esta conducta aconsejada por la politica, á la verdadera adhesion, á lo que se llama simpatía, hay una distancia enorme. Los calvinistas, que así se lo persuadieron, se mostraron demasiado crédulos, muy poco conocedores de las cosas y de los hombres. El primero en participar de este error fué el mismo Coligny, que presumió demasiado de su habilidad, y se creyó ya el árbitro de los destinos de la Francia.

Catalina de Médicis sin grandes principios, sin creencias muy sólidas, sin mas móvil en toda su conducta

(1) Las mismas autoridades que en el anterior.